

La Anunciación de Caravaggio

Hna. María de Jesús Sacramentado, SSVM

La Anunciación que contemplamos es del pintor italiano Michelangelo Merisi da Caravaggio (1571-1610), uno de los grandes exponentes de la pintura barroca.

Su nombre «Caravaggio» le viene por la ciudad donde trabajó su padre Fermo Merisi, como administrador y arquitecto del marqués de Caravaggio. Sus primeros años los pasó en el ambiente de Caravaggio, Milán, Venecia. Luego, rodeado de una gran pobreza se trasladará a Roma donde irá creciendo su fama como pintor.

Al principio de su carrera hizo varias escenas profanas, pero será en Roma donde comenzarán a encargarle más obras religiosas. Tenaz en su trabajo, expresará con gran realismo sus figuras siempre envueltas en penumbras. Nos encontramos en una época caracterizada por fuertes disputas religiosas entre países católicos y protestantes, agravada por la situación de pobreza y miseria que dejaron las pestes que asolaron a Europa a mediados del siglo XVII. Roma, movida por el espíritu de la reforma católica, buscaba propagar la pintura religiosa, remarcando sobre todo la figura de María, estandarte contra el avance del protestantismo.

Como ya dijimos el estilo que Caravaggio sigue en sus obras es el barroco. Estilo que surgió en Europa occidental en el seiscientos, marcado por una preponderancia de la representación realista, mostrando al hombre en la más cruda realidad, donde observamos formas irregulares, movimientos forzados y violentos, fuertes contrastes de luces y sombras, cierta tendencia al desequilibrio, llegando a veces a escenas recargadas y exageradas.

DIÁLOGO 69

En las obras de Caravaggio observamos una descripción minuciosa de la realidad, un tratamiento casi vulgar de los personajes; sus figuras son de un realismo exacto, sin buscar embellecer sus modelos, sino mostrarlos tal como son. Por su acentuado naturalismo, no pocas veces sus obras serán rechazadas; además de la elección que Caravaggio hacía de sus modelos, ya que se trataba muchas veces de gente de poca reputación. Así es que sus obras irán desde una aceptación entusiasta de parte de algunos hasta el rechazo absoluto por otros.

Caravaggio era de una personalidad difícil, muchos de sus contemporáneos sostenían que no era fácil llevarse bien con él. Su vida se vio siempre envuelta en peleas callejeras, motivo por el cual tuvo que huir a Nápoles, de ahí pasó a Malta, de donde también fue expulsado, llegando más tarde a Sicilia. Hacia finales de su vida su personalidad fue cambiando, tornándose cada vez más hosco, envuelto en una gran tristeza y soledad. Vuelto nuevamente a Nápoles, pudo pasar finalmente a Roma logrando ser indultado gracias a sus influyentes amistades romanas.

Esta anunciación de Caravaggio es una de sus últimas obras junto al entierro de Santa Lucía, pintadas meses antes de su muerte. Es un óleo en tela del 1608, encargado por la iglesia de la ciudad francesa Nancy, donde fue colocada ese mismo año.

En el cuadro vemos rasgos pictóricos característicos del último período de Caravaggio, dotados de una gran oscuridad y melancolía. Los personajes de la escena se destacan sobre un fondo oscuro, con una iluminación artificial y dirigida, que hace resaltar los objetos, los gestos y actitudes de los personajes. Todo envuelto en un completo claroscuro, donde el contraste entre las luces y sombras logran un efecto teatral.

Una luz muy difusa entra en la escena desde la izquierda, desde arriba, iluminando por detrás al ángel y llegando apenas a la figura de

NUESTRA TAPA

María. Una luz como divina que desciende del cielo hasta la tierra. Esta luz nos invita a entrar en la escena, nos invita a leer la obra partiendo desde aquí, de izquierda a derecha y de arriba hacia abajo, hasta terminar nuestra mirada en María. Como si leyéramos un escrito, nos lleva hasta detenernos en el personaje principal de la obra.

El ángel girado hacia María y ocultando su rostro, le indica con el gesto de su mano derecha el mensaje divino, mientras que en la penumbra vemos su mano izquierda sosteniendo una vara de lirios blancos.

El arcángel, con figura de jovencito, desde un nivel más alto que María, desciende arrodillado en una nube oscura, mientras la Virgen María permanece arrodillada, sumisa ante la aparición. Inclinado hacia adelante y vuelto hacia abajo, con su ala extendida remarca la actitud de descender de lo alto, de abajarse a la tierra, como indicando el misterio que viene a anunciar, ¿quién es capaz de comprender lo que este misterio encierra? Que el Verbo, imagen de Dios invisible, por quien todas las cosas fueron hechas, se hizo carne. «Se anodó a sí mismo, tomando la condición de esclavo, y haciéndose semejante a los hombres» (Ef. 2, 7). Dios se abaja hasta los hombres, se humilla, para ensalzarnos. Envuelto con un manto blanco, ceñido en su cintura, parece resplandecer aún más del fondo oscuro. Casi todo su cuerpo permanece en la penumbra, quedando iluminada solamente su espalda y su brazo derecho.

El rayo de luz alcanza las manos de la Virgen María, cruzadas con delicadeza en su pecho, señalando con esta postura su aceptación dócil a la voluntad de Dios. Está en un plano más bajo que el ángel, indicando que ella pertenece a la tierra. Arrodillada, e inclinada hacia adelante, toda su persona remarca su actitud de humildad. Al verla no podemos imaginar otra cosa que una mujer sencilla, trabajadora, una humilde mujer de Nazaret. Nada hay en ella de ostentoso, de lujoso, no tiene orlas de oro ni encajes en sus vestidos, sino que envuelta en un gran manto azul, donde apenas aparece su túnica roja,

DIÁLOGO 69

brilla su gran humildad. «Se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador, porque ha mirado la humillación de su esclava» (Lc 1,47).

Con la mirada baja, su rostro, de una seriedad severa, muestra una gran sencillez, su resignación a los planes de Dios. «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra» (Lc 1,38).

El marco de la escena es la casita de Nazaret, una pobre habitación, ya que apenas vislumbramos una sillita de madera, muy simple, sin ninguna decoración, una cama detrás de esta, también muy humilde, que aparece detrás de un pesado cortinado verde corrido. Aquí como siempre está presente el sentido de los cortinados haciendo alusión al misterio manifiesto, antes oculto y ahora revelado.

A los pies de María una cesta de mimbre con sus labores permanece en primer plano iluminada apenas con el rayo de luz. Sobre la cesta hay apoyado un paño blanco indicando la pureza de María. «María es el santuario y tabernáculo de la Santísima Trinidad, donde Dios mora más magnífica y maravillosamente que en ningún otro lugar del universo, sin exceptuar los querubines y serafines; a ninguna creatura, por pura que sea, se le permite entrar allí sin privilegio especial»¹.

«María es un misterio a causa de su humildad. La vida de María fue oculta. Por ello, el Espíritu Santo y la Iglesia la llaman *alma mater*: Madre oculta y escondida. Su humildad fue tan profunda, que no hubo para Ella anhelo más firme y constante que el de ocultarse a sí misma y a todas las creaturas para ser conocida solamente de Dios. Ella pidió a Dios pobreza y humildad. Y Él, escuchándola, tuvo a bien ocultarla en su concepción, nacimiento, vida, misterios, resurrección y ascensión a casi todos los hombres. Sus propios padres no la conocían. Y los ángeles se preguntaban con frecuencia uno a otro:

¹ San Luis María Grignon de Montfort, *Tratado de la Verdadera Devoción a María*, 5.

NUESTRA TAPA

¿Quién es ésta? (Cant 8,5). Porque el Altísimo se la ocultaba. O, si algo les manifestaba de Ella, era infinitamente más lo que les encubría»².

Todo nos habla de humildad: la postura del ángel, la de María, el entorno, los objetos que rodean la escena. Brilla la humildad de Dios al encarnarse y la de María al aceptarla. Nadie ha imitado la humildad de Jesús más perfectamente que María, su madre, porque nadie ha calado tan hondo el misterio del amor de Dios. Su mirada siempre abierta, atenta, estudiaba con su corazón la persona de su Hijo, hasta sus más pequeños actos. Si María imitó tan perfectamente a Jesús humilde fue por razón de su amor incomparable, y desea ardentemente que nosotros sus hijos también como ella reproduzcamos la adorable humildad de su Hijo Divino.

² San Luis María Grignion de Montfort, *Tratado de la Verdadera Devoción a María*, 2 y 3.